

LIBROS

DANIEL COSÍO VILLEGAS: *Historia Moderna de México*, tomo V. Editorial Hermes, México, 1960.

EL NUEVO tomo de la *Historia moderna de México*, primera parte de la vida política exterior, proporciona una aportación, de gran importancia para los lectores de los volúmenes anteriores. Para los especialistas de la historia diplomática, muy poco estudiada en nuestro país y por lo general enfocada hacia el norte, Cosío Villegas acomete ahora el estudio de nuestra diplomacia hacia el sur con el vigor y la serenidad que le caracterizan. De la misma forma que se originaron nuestros problemas con el norte en la herencia histórica y en la carencia de fronteras definidas entre las unidades coloniales, se inician los temas con Guatemala ante la necesidad de establecer la frontera.

Antes de entrar en las reflexiones del caso, los lectores debemos agradecer de manera muy especial al autor la elaboración de su prólogo, "Quinta llamada particular", sobre su manera de investigar. Para quienes andamos por las mismas andanzas sirve de reflexión y para los aún no iniciados en el recorrido les explicará cuál es la verdadera "empresa" y los azares del investigador. Mucho se habla de la necesidad de investigar y de la formación del investigador, pero rara vez autores de verdadera calidad como

Cosío, se detienen ante la preocupación de legar la técnica y la afición que los alienta a sus discípulos. Cosío tiene ese mérito muy especial, junto con un puñado relativamente pequeño de hombres, y es justo que se le reconozca entre otros muchos merecimientos. En la futura formación de nuestros investigadores será un punto de partida esta "Quinta llamada particular". Los pasos marcados, y la claridad meridiana con que su pluma logra trazarlos harán de esas páginas elementos vitales en la poco fácil tarea de quienes deben explicar lo que es difícil porque la sensibilidad de cada uno tiene mucho que ver. "Hay que despegarse de la obra, dejar de escribir, abandonarla, en suma, para que repose y se asiente", y ahí comienza, en ese asentar y reposar, el arte del escritor que vierte en ese momento el más sincero esfuerzo de vida.

Quizá estas reflexiones nos hayan alejado momentáneamente del propósito inicial, pero ya dijimos que en esas páginas, bien logradas, vemos mucha importancia para dejarlas pasar inadvertidas.

La simple narración de los hechos, en la historia diplomática, es insuficiente para dar la verdadera comprensión de los problemas, que necesitan de un encaje en las historias nacionales de cada una de las partes y además en el trasfondo general histórico, para formar la circunstancia misma de los sucesos. Des-

de el prólogo, también, Cosío se encamina a las historias nacionales y al trasfondo, para facilitarnos la comprensión del material que formará sus capítulos.

La frontera. El tomo nos presenta, en los ocho capítulos que forman sus ochocientas páginas, nuestras relaciones con Guatemala desde el clásico planteamiento de los límites, la polémica pendiente de Chiapas y Soconusco, que incumbe la discusión sobre las soberanías nacionales, el nomadismo de grupos indígenas que se trasladan de uno a otro lado de la frontera y los incidentes limítrofes. Nos lleva por los vericuetos de la discusión prolongada de los límites y del tratado de comercio. La primera será la importante. Negociaciones lentas y complicadas durante ochenta años, cuyas posiciones fueron definidas casi desde un principio, pero tuvieron que recorrer el siglo XIX, en la típica evolución política para llegar al arbitraje. Que México no aceptara el arbitraje norteamericano produjo un sin fin de suspicacias y el núcleo de la tesis surge en la página 170: "Desatender esa petición de Guatemala [del arbitraje] hubiera sido una descortesía internacional inexcusable, y una desconfianza que Estados Unidos no puede ni debe abrigar, de los propósitos y el carácter del gobierno mexicano."

Con más claridad aparece la tesis en las instrucciones de Blaine a Morgan:

"Si el gobierno de Estados Unidos ha de inferir del lenguaje del Sr. Mariscal que la prosperidad de semejante resultado no conviene a la política de México, y que el interés que siempre ha manifestado Estados Unidos en su consumación hace desagradable la intervención amistosa que hemos ofrecido, sólo puedo decir que esto subraya la pena con la cual conoceremos la decisión del

gobierno de México y me obliga a declarar que el de Estados Unidos considerará como una actitud hostil contra Guatemala cualquier acto que tenga el propósito claro o produzca el resultado cierto de debilitarla en semejante esfuerzo" (p. 171).

La alianza entre Guatemala y Estados Unidos, parece clara, para enfrentarse a México. De las conversaciones entre Montúfar y Matías Romero comienza a desvelarse el impacto de los partidos políticos guatemaltecos que entorpecen el arreglo, hasta que después de grandes tareas y de intervenir un sin fin de individuos se firma el tratado en 27 de septiembre de 1882.

No podía escaparse a la pluma de Cosío Villegas la verdadera proporción del tema "...lo viejo y delicado del asunto, los prejuicios, las pasiones y los enredos políticos que fue creando el problema, lo hicieron de una importancia extrema, sobre todo en Guatemala, donde se identificó con los programas, la postura y las maniobras de los partidos políticos tradicionales, y, dentro del liberal, entonces en el poder, con grupos de individuos a causa de los favores del gran dictador Barrios. Dada esa situación, nada de extraño tiene —antes bien, era fatal— que, al lado de la historia verdadera, muchos de los actores de este drama hicieran su propia historia" (p. 255).

Y sigue el estudio acucioso de las versiones personalísimas dadas por los principales actores, desde Barrios en adelante.

Vinieron después los problemas de marcar la frontera sobre el terreno y de nuevo el mismo proceso, hasta la firma del convenio de 1 de abril de 1895, por el cual se dan excusas los unos a los otros, se pagan indemnizaciones, ocupa

México el territorio que le pertenece y se establece el promedio de las líneas propuestas por los comisionados como verdadero límite en lo que faltaba de establecerse de la línea divisoria, porque no era factible la del tratado.

La Unión Centroamericana. Los problemas de la Unión Centroamericana significan un capítulo importante en el libro y en él se ve el desarrollo de la política norteamericana, mal dirigida y carente de un conocimiento del espíritu y de las necesidades de los pueblos de Centroamérica. Desgraciadamente cabe decir también que por parte de México, política propiamente dicha no existió. Con cierto instinto se fue improvisando una actitud fácil de sostener.

México debía decidir la interrogante de ganar la influencia, que no había tenido ni tenía sobre Centroamérica, o de lo contrario ver cómo la de "los Estados Unidos crece en forma alarmante y seguirá aumentando porque tiene que buscar en la América del Centro una comunicación comercial y militar con su costa occidental" (p. 377).

En torno a la necesidad de construir el paso transcontinental gira la política de los Estados Unidos y con ella se desata el torbellino en las repúblicas centroamericanas dentro de las que la Unión recibirá el apoyo franco de Logan y Blaine, quienes desean que todo se mueva alrededor de Barrios, Soto y Saldívar. "Este movimiento debe recibir por fuerza el apoyo de los Estados Unidos, y el moral para atraer a la congregación a los países restantes..." (p. 391).

El monigote clave de la política norteamericana en Centroamérica se ha identificado con Barrios que decidió transformarse en "Jefe Militar de Centroamérica" por decreto.

En la horrible maraña que se organizó se reacomodan las fuerzas políticas y por ende la posición de los Estados Unidos, se trató de fortalecer al gobierno de Nicaragua por el interés de tender el canal interoceánico. De esta manera terminaría la preponderancia de Guatemala en Centroamérica. De nuevo surgió la táctica de aliarse con el vecino de atrás. La época era favorable, la amistad entre México y los Estados Unidos estaba garantizada por las importantes inversiones que en México hicieron los norteamericanos durante el período de don Porfirio: se unen México y los Estados Unidos, dejan a Guatemala de por medio y se alían con Costa Rica, El Salvador y Nicaragua. Esta combinación fue posible al aprovechar la postura mexicana frente a Barrios con motivo de que los del "sur" anunciaron su oposición al dictador guatemalteco. México consideró que la unión, según la llevaba a cabo Barrios era "una amenaza contra la independencia y autonomía de las nacionalidades de este continente" (p. 410), porque no emanaba de la voluntad libre de los pueblos. La actitud de México se enfrentó de todas maneras con la política norteamericana en Centroamérica porque al plantear la necesidad de que se proclamara por libre voluntad de los pueblos privó a los Estados Unidos de la ingerencia "que debe tener en esa área y en semejante género de problemas". De esta manera forzó el cambio para los Estados Unidos, quienes aceptaron la postura mexicana y estuvieron de acuerdo con México al convenir usar "toda su influencia moral contra idea derrocar gobiernos por la fuerza" (p. 417).

De hecho, el conflicto radicó en el personalismo de Barrios quien ante la coincidencia de la opinión mexicana con la

norteamericana calificó a México de intervencionista en asuntos internos de Centroamérica y Guatemala y anunció cómo ese estado de cosas dañaría a los intereses norteamericanos. El Senado de los Estados Unidos reaccionó de inmediato pues la política de Barrios podía impedir que el canal nicaragüense se construyera con capitales norteamericanos. El apoyo de los Estados Unidos a México se explicaba porque Cleveland y Bayard preferían que México tomara la iniciativa con Barrios (p. 435). La muerte de Barrios terminó con una parte del problema, pero quedó en pie la secuela de sensibilidades, molestias y suspicacias.

La serenidad acuciosa de Cosío, y a la vez su finura para captar la realidad se destaca si nos fijamos en sus juicios, tomados al azar sobre el caudillo debatido. Ya para cerrar el capítulo sobre Barrios, al estudiar las diversas opiniones surgidas en torno de él, escribe:

“Supo, además, jugar en grande, pues movió pitas en México, Estados Unidos y aun en Europa, para no decir en su propio país y en los otros centroamericanos. Y las movió con la oportunidad que dictó el buen sentido táctico...

“Hizo, además, grandes esfuerzos para ganarse la ayuda o la simpatía de México y Estados Unidos: la del primero, cediendo en el arreglo de la cuestión de los límites y pidiendo apoyo material y moral para su empresa, petición que fundaba en los intereses propios de México: ganar una influencia predominante en la América Central, adelantándose o desplazando a Estados Unidos. Y usó en más de una ocasión a este país, para amortiguar o desviar los movimientos de México (p. 461).

“En cuanto al deseo de la Unión que podía inspirarse —como fue el caso de

Blaine— en la nostalgia histórica de las trece colonias inglesas que formaron los Estados Unidos de América, con dificultad podría hallarse un ejemplo más sorprendente de la ignorancia del mundo a cuyo gobierno aspira una gran potencia” (pp. 462-3).

Al llevar su análisis a la política mexicana, Cosío, imperturbable, corta con la misma seguridad que al tratar de los demás países: el verdadero problema fue visto por Mariscal que se dio cuenta de lo que significaría la demagogia de Blaine y mostró cómo la Unión de Centroamérica, idealizada por un lado e impuesta a sangre y fuego por el otro, representaba para México el terrible peligro de que terminara convirtiéndose en un Estado de la Unión Americana. La crítica de Cosío se adentra en la personalidad y actuación de Díaz quien no supo sacar partido de su propia explicación a Carden sobre por qué no podía apoyar tal unión: “como la Unión era impuesta y no consentida, Barrios no podría gobernar pacíficamente a Centroamérica; habría en ella una serie interminable de sublevaciones armadas que darían a Estados Unidos una excelente oportunidad para intervenir y ganar ascendencia... No podía impedir que los rebeldes acudieran a él en demanda de apoyo, y que ese solo hecho bastaría para crearle conflictos con Estados Unidos cuya amistad era para él oro en paño” (p. 465).

El hecho era que México no contaba con la amistad de los Estados Unidos y la formación de un país fuerte en Centroamérica, que significaría un causal de problemas, serviría de fundamento para la actuación de los Estados Unidos.

Reclamaciones, guerras e intervenciones. Tuvo que llegarse también al tra-

tado de reclamaciones en 1888. Había que puntualizar el límite internacional de la zona de Petén y que buscar cuál sería la relación estable de Guatemala y la América Central con México. La tarea fue de Ubico, quien para llegar a México hizo el viaje vía la Casa Blanca, hecho de por sí significativo. Gestiones, tensiones y amenazas se siguieron hasta que, después de reunirse una comisión, México pagó a Guatemala la suma de 39,000 dólares.

Todavía hubo momentos difíciles por las actividades políticas continuas de los exilados políticos de Guatemala en México. El general Barrundia, ayudante predilecto de Barrios, conspiró contra el gobierno de Barillas, trató de conseguir la ayuda de Díaz sin lograrla y terminó participando en el movimiento de Carlos Ezeta, salvadoreño, a la sazón en guerra contra el gobierno de Barillas.

Al llegar al poder el General Ezeta, mantuvo México la tesis de no reconocerle hasta saber si recibía la sanción popular de su país. Guatemala se propuso intervenir directamente en los asuntos interiores de El Salvador, explicó a México que el conflicto era importante a causa del malestar producido para Guatemala y Centroamérica. Los derechos especiales en virtud de los que era indiscutible a la familia centroamericana la facultad, que tenía para procurar que El Salvador restableciera la paz y el estado de cosas más conveniente a la América Central quedaban comprometidos. Para enfrentarse de nuevo a la política de los Estados Unidos, Díaz supo manejarse de tal modo que favoreció, interviniendo en forma no aparente, al grupo salvadoreño.

Una vez en calma, el interés de México en Centroamérica parece claro cuan-

do México aboga porque los Estados Unidos tengan dos misiones centroamericanas, una para Guatemala y Honduras y otra para el resto de los países "porque el representante habitual de Guatemala ha sido influenciado de manera directa por ese gobierno". Fue Matías Romero quien parece tener una acción decisiva en el asunto, preocupando con sus gestiones al gobierno de los Estados Unidos de tal forma que Blaine pidió a la comisión de relaciones que autorizara la división.

La República Centroamericana. El próximo movimiento de unión fue el intento de constituir la "República Mayor de Centroamérica" como consecuencia del pacto de Amapala, 20 de junio de 1895. Nicaragua, El Salvador y Honduras estaban dispuestos a convertirse en la República de Centroamérica en cuanto Costa Rica y Guatemala se adhirieran. El paso último se dio en 1897, pero pronto faltaron en la asamblea encargada de dar el código político final, los representantes de Guatemala y Costa Rica. Al final de 1898 levantamientos en El Salvador, retiraron al país de la Federación y siguieron el ejemplo Nicaragua y Honduras, quedando disueltos los Estados Unidos de Centroamérica.

Enterado México de la constitución de la República Mayor tuvo una actitud expectante, sobre todo por no considerar factible que evolucionara hacia la República de Centroamérica sin forzar la voluntad popular. Actitud similar tuvieron los Estados Unidos quienes tampoco concedieron el reconocimiento. Pero en Guatemala la conducta del enviado mexicano Lera fue interpretada como provocativa. El gobierno guatemalteco, como era ya costumbre, acudió a los Estados Unidos, quienes esta vez no se mos-

traron dispuestos a utilizar sus buenos oficios ante el gobierno mexicano.

Lera continuó en Guatemala, los Estados Unidos se vieron mezclados en la guerra de Cuba y México había declarado su estricta neutralidad. En virtud de las circunstancias nuevos motivos tuvieron que levantar la suspicacia de Guatemala como lo fueron los planes de Próspero Morales refugiado en México. Con mucho cuidado quedó dilucidado que este país no tuvo que ver con los preparativos del desterrado y como no había donde agarrarse Guatemala acusó a México de que, al ordenar que se retirara de la zona fronteriza se le había concedido un lapso de tiempo demasiado largo que permitía que concluyera sus asuntos. Como los incidentes entre Lera y el gobierno guatemalteco continuaran se pidió su retiro, que concedió Díaz aun cuando no veía motivos precisos para ello.

El plan diplomático de Díaz. México parece encabezar la política internacional centroamericana al enviar a Federico Gamboa con una misión en pro de una conferencia de paz. Por fin se tomó una iniciativa aunque fracasó por no contar con el apoyo de los presidentes de Guatemala y Nicaragua. Su gestión se interpretó por Estrada Cabrera como prueba de que México se mezclaba en la política de Centroamérica y de nuevo se pidió a los Estados Unidos "constante y amistosa intervención". Díaz tuvo que decretar el cese de toda interacción de México en la conferencia de paz proyectada de no ser que la pidieran los cinco presidentes centroamericanos. Pero la campaña pacifista de México fue provocada por la gran actividad de los agentes norteamericanos, que fomentaban la impresión de que México iba en

busca de afrentas con Guatemala. El gobierno mexicano no pareció darse cuenta de la intimidad existente entre Guatemala y los Estados Unidos y tampoco de cómo los ministros norteamericanos informaban las verdades a medias al gobierno.

Siguieron los líos. Los delegados de los Estados Unidos se hacían eco de alarmas fantasiosas sobre conspiraciones contra Guatemala y mostraron su parcialidad hasta el punto de aconsejar a su gobierno la necesidad de enviar barcos de guerra a las costas centroamericanas. De los líos producidos por los enviados norteamericanos Combs y Merry, resultó que los representantes de Centroamérica en Washington pidieran a Hay que convocara a una reunión formal para estudiar los medios necesarios para asegurar la paz. Aun cuando Roosevelt se sentía atraído al plan y no participaría su país en él, fracasó la reunión y se sustituyó por la conferencia convocada por el presidente Escalón y concurrida por Honduras, Nicaragua y Guatemala, de la que salió el tratado de paz que pareció devolverles la tranquilidad temporal a todos.

Pronto continuaron las sospechas y las acusaciones contra México. Estalló de nuevo la invasión de Guatemala por Tomás Regalado de El Salvador, volviéndose a desatar de nuevo la confusión. Esta vez no cabía duda de la actitud pacífica de México y de que todas las sospechas eran urdidas por la mala información del enviado norteamericano, que se ponía en evidencia, avivando el fuego contra Díaz, mientras Roosevelt estaba percatado de cuán necesaria era para los Estados Unidos la amistad cordial del presidente Díaz, "cuya actitud ante los conflictos centroamericanos es

'exactamente igual' a la suya". Se llegaba incluso a dar el paso de decir a Brown:

"Es imposible exagerar mi insistencia en este punto, y en la necesidad —dada la gravedad de la situación— de una cooperación estrecha entre los presidentes de México y Estados Unidos, que peligraría seriamente si el presidente Estrada Cabrera mantiene su actitud de desconfianza, como lo indica el telegrama de usted de hoy" (pp. 641-2).

La actitud de los Estados Unidos en ese momento fue incondicional al lado de México y se convencieron de la necesidad de seguir al lado de Díaz: "La suspicacia de Guatemala proviene de sus propios actos y agresiones, ventaja de la que no ha echado mano el presidente Díaz" (p. 643). El mismo Estrada Cabrera invitó a Gamboa para que asistiera a la conferencia de paz que se iba a desarrollar en el barco Marblehead, a pesar de que los Estados Unidos ya habían insistido en la necesidad de la presencia de México junto con la del delegado americano. De la reunión salió el 23 de abril de 1907, un convenio provisional de paz.

No tardaron en aparecer problemas por la discusión sobre el derecho de extradición y asilo, los Estados Unidos no se comprometieron entonces tan abiertamente como amigos de Díaz: "es difícil encontrar una razón de peso que explique el serio desacuerdo entre México y Guatemala" (p. 667). El asunto se cerró cuando México ante las concesiones tardías de Guatemala por el asesinato de Barillas en la ciudad de México contestó que la responsabilidad de Guatemala era "ante el mundo civilizado" (p. 668).

De ahí en adelante siguió la política mexicana de pacifismo y fueron los Es-

tados Unidos quienes trataron de inducir a tomar cartas en Centroamérica. Díaz trató de asegurar el apoyo de los Estados Unidos de antemano y le salieron con la postura típica de la mediación, invitando a una nueva conferencia de paz, secundada por los países centroamericanos. Se reunieron en Washington y de allí surgió la idea del tribunal de justicia. Desde 1907 hasta 1909 la situación dejó de ser pacífica, asonadas e invasiones y revueltas constantes perturbaban la paz. México continuó en ese período dentro de su política de mediación pacífica negándose en absoluto a tomar iniciativas especiales como cuando los Estados Unidos pretendieron que recomendara a Estrada Cabrera el abandono del gobierno. Tampoco se alineó México al lado de los Estados Unidos cuando surgió la intervención en Nicaragua ya que México insistió en que se debía mediar para que se respetaran los convenios de Washington.

Los fondos de información. Cosío Villegas utilizó, para montar su estudio, los archivos de la Cámara de Senadores, de la Secretaría de Relaciones, de la Defensa Nacional en México; de las embajadas de México en París y en Washington; el Archivo General de la Nación de Guatemala, los personales de I. L. Vallarta, de Matías Romero; del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia, de la Gran Bretaña; el Nacional de Costa Rica y el de Estados Unidos.

Es fácil darse cuenta de la amplitud del fondo de documentación de primera y del trabajo que representa, pero el autor en su deseo escrupuloso de tener en cuenta todos los puntos de vista, complementó sus datos con las fuentes impresas publicadas hasta el momento en que escribió. Trescientas treinta y dos

obras de naturaleza diversa forman la bibliografía; geografía; diplomacia norteamericana; viajes; historia de Guatemala; bibliografía sobre la América Central; sobre el problema de límites; sobre la Unión Centroamericana y publicaciones periódicas relacionadas con el tema.

La bibliografía no puede ser más amplia ni mayor el esfuerzo por completarla de manera exhaustiva. Sin embargo, la naturaleza inquieta y sus deseos de precisión no le dejan tranquilo y, después de haber escrito el último capítulo, toma de nuevo la pluma para adicionar su "apreciación bibliográfica" que convierte en un verdadero estudio historiográfico. Los que se dedican al estudio de la historia diplomática saben qué utilidad tienen estos esfuerzos para los investigadores y sus investigaciones futuras.

Otro comentario. La lectura total del libro nos da mucho que pensar y nos deja el mal sabor que produce contemplar la tragedia de la América Latina en que existe un fondo de impotencia que parece clásico, en muchos de los campos de nuestra historia. Se producen los problemas, se discuten y se encauzan, de pronto se ven complicados por políticas incomprensivas y faltas de experiencia que se tiñen de propósitos personalistas, desgraciadamente típicos en el siglo pasado y, cuando ya se desespera, antes que aparezca un rasgo de generosidad por alguna parte, se invoca a la gran potencia para que resuelva. Ésta medita, y de acuerdo con su conveniencia presiona la solución en que mejor le va sin interesar, en nada o muy poco, los valores nacionales de los que originaron el problema. Así se convierte nuestra historia diplomática en un proceso de gran intervención y en el fondo se resume en una lucha contra la in-

fluencia de los Estados Unidos unas veces directa y otras indirectamente como la que encuentra México en Centroamérica. Cabe pensar en la gran falla de nuestras cancillerías y de nuestros diplomáticos que, al no contar con una política seriamente estudiada, prefieren la solución de "afuera".

Con la solución de "afuera", poco a poco, un tanto por tendencia innata y por inercia, otro porque se facilitó el camino, el país fuerte logra obtener un papel fundamental en la política internacional y nacional del continente, condicionando así nuestras supuestas políticas internacionales. Afortunadamente, a veces falla aun la política diplomática del país fuerte como sucedió en Guatemala, pero a eso no se deben atener los países de la América Latina.

Para terminar, concretando ahora sobre el libro de Cosío Villegas, el estudio que ha llevado a cabo es una obra de consulta que cubre un hueco fundamental de nuestros conocimientos y que por la forma y técnica con que está hecho será el punto de apoyo para las investigaciones venideras. Detallado, narrativo en partes, pero a la vez crítico, es duro y valiente en todos los sentidos, de contenido y de confección.

En el estado que han guardado las investigaciones de historia diplomática hasta la fecha, Cosío supo acometer su estudio de la manera precisa que era necesaria. Sin embargo, se hace urgente que Daniel Cosío Villegas, después de terminar con la primera fase de su compromiso con esta Historia Moderna de México, se aventure él mismo a dar el paso de la interpretación de su propia obra, donde los conceptos al respecto ya se van acertando.

Puede quedar tranquilo Cosío Villegas cuando vea correr su libro de mano

en mano, pues, cada lector verá en él al autor de un libro difícil, duro, metódico, inteligente, serio... y por qué no, definitivo en nuestros estudios.

CARLOS BOSCH GARCÍA

RICARDO POZAS: *Chamula, un pueblo indio de los Altos de Chiapas*. Memorias del Instituto Nacional Indigenista, Vol. VIII, México, D. F., 1959. 206 pp., ilustr.

Chamula, un pueblo indio de los Altos de Chiapas, es resultado del trabajo intensivo del profesor Pozas como miembro del cuerpo técnico del Instituto Nacional Indigenista; fruto de un largo contacto con los hombres de la región, mestizos y ladinos, y de un conocimiento profundo de los problemas que los aquejan. Pero la reunión de copioso material sobre la situación de un grupo humano, no hace por sí misma una obra científica, sino, a lo sumo, una descripción más o menos fiel; es la síntesis, la discriminación conciente entre lo que vale y lo que es meramente accidental, en fin, la interpretación de lo observado, lo que da calidad verdaderamente científica a una investigación. Y aquí encontramos la primera característica del libro.

Los aspectos de la cultura se presentan funcionalmente interconectados; la cultura forma un todo orgánico en el que cada rasgo tiene una función que cumplir; pero, contra lo que piensen los funcionalistas ortodoxos, para el profesor Pozas no todos los aspectos de la cultura tienen valor determinante igual; hay un peso específico diferenciado que permite señalar cuáles son los fenómenos determinantes y cuáles los que, teniendo una función precisa, juegan un papel secundario. De allí que pueda discriminarse; de allí también que la obra que nos

ocupa esté dividida en capítulos que abarcan la región, la organización social, la estructura económica y la organización político-religiosa. Se analizan los fenómenos básicos, los fundamentales para entender el funcionamiento y la problemática de un grupo humano; se dejan de lado o se tocan sólo superficialmente, aquellos de menor importancia. Si queremos entender a un pueblo y sentar las bases para su mejoramiento, podemos ignorar el número de pliegues que las mujeres hacen en su enredo, pero de ninguna manera debemos pasar por alto su tecnología, sus formas de propiedad, sus relaciones económicas internas y con otros grupos, o la estructura de sus instituciones de poder. Hay en la base de cada cultura un sistema económico determinante, que condiciona en términos generales, pues no absolutos, la estructura de toda la cultura.

Pero este determinismo no es tan radical que impida el juego en sentido contrario; la estructura económica está modificada, a su vez, por todas las superestructuras; la ideología, la educación, los conceptos sanitarios, etc., juegan un papel dinámico en la evolución de las sociedades; sólo que los cambios que provocan se producen lentamente y sólo alcanzan su pleno significado cuando la estructura básica, económica, se transforma también. Ese hacer resaltar este juego dialéctico, es la segunda característica del libro del profesor Pozas.

La tercera en orden de exposición, no de importancia, es el enfoque regional presente en toda la obra. Analizar el problema indígena no es ya analizar exclusivamente la cultura del indio, estudiar meticulosamente su miseria y su abandono. El llamado problema indígena es, para el profesor Pozas, analizar las relaciones entre el indio y el mestizo que lo explota; entroncar la rudimentaria eco-